
ANDREU PINTADO, Javier y **BLANCO-PÉREZ, Aitor** (eds.) (2019), *Signs of weakness and crisis in the Western cities of the Roman Empire (c. II-III AD)*. Franz Steiner Verlag, col. Potsdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge 68, Stuttgart, 2019, 239 páginas, ISBN: 978-3-515-12408-9.

EN 2019 se publicaba el trabajo que puede considerarse la continuación del volumen Oppida labentia: *transformación, cambios y alteración en las ciudades hispanas entre el siglo II y la tardoantigüedad* (Uncastillo, 2017). Nos referimos al libro *Signs of weakness and crisis in the western cities of the Roman Empire*, editado por Javier Andreu y Aitor Blanco-Pérez, de la Universidad de Navarra, en el marco de sus trabajos al abrigo de un proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y alojado en la prestigiosa Potsdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge de la Franz Steiner Verlag alemana cuyo ritmo editorial resulta admirable a tenor no sólo del volumen de trabajos que publica sino, también, del interés temático de los mismos. Este libro consta de 232 páginas divididas en dos partes, una, primera, dedicada a cuestiones generales (6 capítulos, páginas 13-80), y la segunda dedicada al estudio de casos concretos (9 capítulos, páginas 83-220). Desde un principio, se muestra que el libro sigue una tesis articulada que ha dado sentido a los resultados del proyecto de investi-

gación citado: de unos siglos altoimperiales de indiscutible monumentalización urbana, se avanza hacia la segunda mitad del siglo II en que se constata una decadencia, o, al menos, transformación generalizada, y crisis, del modelo clásico de ciudad.

Es Nicholas Purcell quien inicia el libro (páginas 13-24), con el objetivo de eliminar los tópicos de la ciudad romana clásica, empezando por la visión positiva de aquélla y basándose en cuatro cuestiones: lo que caracteriza a las ciudades, que ninguna ciudad es una isla pues también está en contacto con su entorno; que, cada ciudad, tiene una función y que, además, ésta es un objeto en constante transformación, «no puedes pisar dos veces en la misma ciudad (página 17)». El profesor de Oxford pone el acento en las relaciones jerárquicas entre ciudades que conllevarían a crear una falsa idea de éxito y estabilidad general durante el Alto Imperio, en Occidente. Esta preocupación encajaría muy bien con el siguiente capítulo de Javier Andreu (páginas 25-36) quien continua el debate centrándose en la administración municipal

altoimperial y el modo cómo en ella influyó, en las comunidades hispanas, la recepción del *ius Latii*. Muchas de las ciudades trataron de emular a Roma para así conseguir su reconocimiento como *municipium* al tiempo que esa emulación les acarreó no pocas exigencias fiscales y administrativas. Así, sigue el profesor Andreu, el poco control económico y la difícil viabilidad financiera llevaron a un resquebrajamiento completo de unas ciudades excesivamente dependientes del *ager* y que acometieron, como muestra la construcción de los acueductos hispanos, costosos programas de monumentalización. Detrás de estos edificios, como es sabido, se encontraba un rol de prestigio para la ciudad poseedora de uno. Desde un comienzo hubo una gran inversión en esta materia que sin embargo con el paso del tiempo decreció notablemente llegándose al abandono del mantenimiento de los acueductos como demuestra el capítulo de J. Martínez (páginas 59-70) que, incluso, compara la inflación de este tipo de obras públicas con la construcción de aeropuertos en España en los momentos de auge económico.

Siguiendo esta línea, Lourdes Martínez de Morentín (páginas 47-58) a través de la explicación de los *vectigalia*, los ingresos directos de las arcas urbanas, y del derecho de los romanos sobre el suelo, trata de entender cómo el patrimonio de la propiedad urbana estuvo dirigido por el *ordo decurionum*, más tarde por el *curator rei publicae* una vez que el entramado urbano marchó a un severo empobrecimiento que pudo haber llevado a la ruina.

Aun así, como bien indica Aitor Blanco en su estudio de las cartas imperiales flavias a los *Muniguenses* y *Saborenses* (páginas 37-46) el gobierno imperial

trató de atajar el problema de desmedido crecimiento, y endeudamiento, de las ciudades romanas, mejorando la comunicación entre la ciudad y el gobierno provincial. Tras este intento se muestra la cristalización de un sistema de peticiones locales que nos confirma una naturaleza reactiva de la diplomacia romana y griega. Así se llega a una realidad mucho más compleja y diversa de lo que aparentan los documentos conservados.

En el último capítulo sobre las cuestiones generales, de David Espinosa (páginas 71-80), este investigador trata de formular un modelo ideológico e institucional de las causas que, como factores endógenos, contribuyeron en la crisis del sistema municipal latino en Hispania. Son varios los factores que el autor expone: devaluación del evergetismo, evasión de las élites locales respecto de las responsabilidades públicas o intervención de los poderes imperiales en la economía, entre otras. La pérdida de valores como el *amor civicus* o *amor patriae* y la percepción de que la *existimatio* no acarrearía ningún beneficio político acabaron por hacer difícil el modelo político voluntarista de la ciudad privilegiada provincial.

La segunda parte del libro es la parte de estudio de casos, más arqueológica, en la que se estudian los ejemplos de *Sisapo* (La Bienvenida, Ciudad Real); *Carthago Nova* (Cartagena, Murcia); las ciudades del valle del Ebro; las ciudades de la Meseta sur; *Lucentum* (Tossal de Manises, La Albufereta, Alicante); la conectividad de las urbes de *Lusitania*; *Iulia Lybica* (Llivia, Gerona); *Segobriga* (Cabezo de Griego, Saelices, Cuenca); y, a partir de esos estudios, se detallan los cambios atestiguados en la red urbana en la Hispania romana.

En el primero de los casos estudiados, *Sisapo*, trabajado por Mar Zarzalejos, Carmen Fernández-Ochoa, Patricia Hevia, Germán Esteban y Rosa Pina (páginas 83-100), se analiza la decadencia de la ciudad poniendo la *domus* de las columnas rojas como ejemplo: construida en el siglo II d. C, abandonada en el siglo III d. C y reocupada en fechas posteriores. Esas dificultades del siglo III d. C. vendrían motivadas por el descenso de la explotación de minas de la zona y una mayor ruralización de la economía local, lo que evidencia que, tal como se recuerda en otros capítulos del volumen, las ciudades no son simples islas diferentes del entorno, sino implicadas en unas dinámicas territoriales y económicas complejas. El caso de *Sisapo* tiene un cierto paralelo con el que se estudia en el décimo capítulo, dedicado a *Lucentum*, y abordado por Antonio Guilabert, Manuel H. Olcina y Eva Tendero (páginas 143-162). En este yacimiento se ha observado un colapso demográfico que tuvo lugar a caballo entre los siglos II y III en la *urbs* y en su entorno. Justo entonces se asiste a una *urbs extincta* y a la vez al renacimiento de la ocupación rural entendida como el mantenimiento de la *urbs in agro*.

Pasaríamos a *Carthago Nova*, capítulo a cargo de Alejandro Quevedo (páginas 101-116), ciudad que durante los siglos II y III sufrió un abandono de sus edificios con procesos concretos evidenciados en diversas transformaciones de la *decus* urbana: carreteras reducidas a pavimentos, decadencia del antes intenso hábito epigráfico, constante reaprovechamiento de algunas estructuras, extensión de los edificios urbanos en contra del viario urbano, o aprovechamiento del viejo recinto forense para de construir algunas

viviendas signos todos inequívocos de la transformación.

Más al norte, en el valle del Ebro, en el capítulo de Pilar Diarte-Blasco (páginas 117-130), se establecen dos tipos de ciudades, según su evolución. En el primer tipo de ciudad se encuentran aquellas comunidades que no perdieron su rol de prestigio y por ende se mantuvieron históricamente, como son las ciudades costeras de *Barcino* (Barcelona) o *Tarraco* (Tarragona), o con contactos marítimos como el caso de *Caesaraugusta* (Zaragoza). En el segundo tipo se encuentra comunidades que, por el contrario, decayeron y desaparecieron, como fue el caso de los Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza) o de *Bilbilis* (Huérmeda Zaragoza), acaso al presentarse como ciudades de carácter interior y de pequeño tamaño. Esta clasificación podría ser válida para todos los casos analizados en el libro en muchos de los cuales se percibe la pérdida de funcionalidad de muchos espacios urbanos y la aparición de infraestructuras antes inexistentes como las murallas. Continuando en esta línea, el capítulo de Juan Francisco Palencia (páginas 131-142), muestra la transformación del modelo urbano de las ciudades de la Meseta sur y las evidencias de su decadencia. Todas ellas dan signos de ésta tras un periodo anterior de monumentalización flavia y de evergetismo de la élite hasta que entraron en un periodo de debilidad institucional y económica que llevó a su transformación y ruina como los ilustrativos casos de *Consabura* (Consuegra, Toledo) o del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) –ésta renacerá en tiempos bizantinos y visigodos– parecen demostrar.

Rosario Cebrián (páginas 163-179) dedica su estudio a la ciudad de *Segobriga*

y principalmente al funcionamiento de la vida pública posterior al siglo II d. C. Esta ciudad vivió una decadencia del funcionamiento de la vida pública municipal que puede percibirse a partir de signos concretos de transformación en el circo y en el acueducto, como la reutilización de materiales altoimperiales, que se relacionarán con dificultades económicas vividas por la ciudad en esa centuria en la que, de hecho, no se levantó ningún gran monumento. Aun así, el *ordo decurionum* acometerá el mantenimiento y conservación de las instalaciones públicas. No obstante, Laurent Brassous, en su contribución (páginas 197-207) sobre *Baelo-Claudia* (Bolonía, Cádiz) muestra que la red de comunicaciones que se tejió en las ciudades no fue tan satisfactoria como en *Segobriga*. En el resto de las urbes las autoridades se distinguieron por una lenta actuación lo que tarde o temprano se tradujo en el cese de las funciones cívicas de pequeñas urbes y en la pérdida del *status* ganado en tiempos de los Flavios. Con lo cual el número de ciudades tras los siglos II y III se redujo drásticamente.

Por otro lado, en *Iulia Lybica*, como demuestra el trabajo de César Carreras, Jordi Guardia y Josep Guitart (páginas 179-190), una pequeña ciudad del Pirineo catalán, la vida pública experimentó una decadencia evidente en la transformación de la función pública del *fórum*, pasando de ser un espacio político y religioso a uno mucho más residencial durante el Bajo Imperio Romano. Es entonces, cuando se desarrolla en la ciudad una economía de autosuficiencia, mientras que los contactos de aquélla, al encontrarse mucho más aislada por su condición montañosa descendieron a un nivel más bajo. Sin

embargo, se ha constatado que mantuvo su funcionalidad como paso de guardia para los ejércitos hasta época visigoda.

Muchos de los casos de estudio propuestos tienen problemas con las fuentes, ya que, como sucede con gran parte de los problemas de la vida urbana hispanorromana, algunas de ellas son fragmentarias, como la de *Sisapo*, otras raras y muy insatisfactorias como nos dice Laurent Brassous (páginas 191-207), pero en general se observa un claro desajuste entre lo que apuntan las fuentes literarias a partir del siglo II d. C. y lo que evidencia la documentación arqueológica, material. Son numerosos los ejemplos que se pueden encontrar a lo largo del libro como, por ejemplo, *Carthago Nova* de la que se supone que sufrió las invasiones del pueblo de los *mauri*, o las descripciones de Ausonio o Hidacio de las ciudades del Valle del Ebro como urbes desoladas. Todo esto se plasma en el último capítulo, del portugués André Carneiro (páginas 207-220) dedicado a las ciudades que nunca existieron, a su conectividad con el resto y el *ager* a partir de una mirada contextual y completa a la provincia *Lusitania*. El autor nos llega a decir que las fuentes mismas nos mienten, al observar en los mapas que se aportan en el capítulo, que muchas de las ciudades no tuvieron, realmente, un evidente proceso de monumentalización. Por tanto, no hay contextos arqueológicos conocidos que validen las tesis de las fuentes literarias, en cambio, se observa la privatización y construcción de estructuras defensivas en oposición a los edificios públicos.

Por último, desde que Montesquieu escribiese su obra *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de*

los romanos y más exactamente a partir de la *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon mucho se ha especulado para tratar de entender la caída del enorme y vasto Imperio Romano. Este libro se adentra en otro campo muy diferente al que cualquier lector de calle estaría habituado pero que, sin embargo, es ya una realidad en el mundo científico, y trata de mostrar a partir de las urbes o pequeñas ciudades de la Hispania romana la dejadez de su propio cuidado derivada, sin duda, de las exigencias que aquél presentaba para las elites locales. Y es a través de entrelazar una teoría muy completa con múltiples ejemplos, mapas e imágenes, como el libro nos adentra en

una transformación hacia un mundo, el de la Antigüedad Tardía, mucho más rural y menos urbano avalando el trabajo que este equipo de investigación viene haciendo, en estos últimos años, desde la Universidad de Navarra y al abrigo de dos proyectos arqueológicos de referencia como Los Bañales de Uncastillo o Santa Criz de Eslava. Es, por todo ello, que esta obra se convierte en absolutamente recomendable para todo aquel desee conocer la historia real de la vida urbana hispanorromana durante los siglos II-III d. C como escenario desde el que observar que muchos de los tópicos que se tienen de la ciudad romana no son tan ciertos como parecen y que urge ya un cambio de perspectiva.

Carlos RUIZ PAVÓN
Universidad de Navarra